

CAPITULO VIII.

El Herido.

Estamos en una humilde habitacion de casa de vecindad. No se ve en toda la pieza mas adorno que una mesita de pino blanco, unas cuantas sillas viejas, un cuadro de la Virgen de la Soledad y un miserable lecho en que descansa un hombre, jóven aún, en cuyo flaco y macilento rostro se ven pintados los estragos que imprimen la miseria y las enfermedades. Sus ojos, cercados por una espesa sombra que se dibuja en sus marchitos párpados, están sin brillo y hundidos hasta el cráneo: su mirada es vaga y melancólica, la palidez de su fisonomía,

aunque extrema, la hace resaltar mas todavía la falta de aseo y la abundancia de barba, que parece crecer con la enfermedad: pobres sábanas y una frazada raída, cubren el descarnado cuerpo de aquel infeliz.

Al lado del lecho, y sentada en una silla ordinaria y tosca, se ve una mujer pálida tambien, pero hermosa como el ángel de la caridad, velando el infortunio de la inocencia, con un libro en la mano que lee de vez en cuando. Un humilde traje de percal negro envuelve en sus pliegues las buenas formas de su cuerpo gentil, y un pañuelito de algodón listado, oculta parte de su blanca y hechicera garganta. Sus ojos negros y melancólicos, velados por suaves y prolongadas pestañas, prestan una sombra mágica, dulce, seductora, á sus divinos párpados, y un irresistible hechizo á su dulce fisonomía y celestial mirada: su preciosa y agradable cabeza, se hace notable por el largo y abundante pelo castaño-rubio, que en dos gruesas trenzas recoge en su flexible cintura. En la blanca frente de esta mujer están retratados la resignacion y el dó-

lor: en la dulce mirada de sus lánguidos ojos, la compasion y la fé; en su célica fisonomía la tribulacion, la necesidad, la tristeza, el cariño y la conformidad.

Su belleza no es la de una tierna jóven en la primavera de sus años, flor delicada de suavísimas hojas que nace con la aurora, brilla un momento con los primeros rayos del sol, y muere marchita y sin color al menor soplo del vendaval: es la del astro rey del dia que nace esplendente, se eleva magestuoso, deslumbra en el cénit y descende dulce, bello, y como nunca seductor entre nubes purpurinas, inundando de dicha el corazon, y llevando tras sí las miradas del hombre que se extasía contemplando su mirífica hermosura.

Dos niñas de tierna edad, hermosas como dos ángeles, de ojos azules y dilatados, de blondo y finísimo cabello la una, y vivo retrato la otra de la hermosa mujer que acabo de describir, se ven, la primera reclinando su graciosa cabeza en sus rodillas; y la segunda apoyada lánguidamente sobre uno de sus torneados hombros.

En estas dos angélicas criaturas no brilla la alegría peculiar de la infancia, ni en sus lindos ojos la vivacidad de los primeros años.

Obligadas á vivir en aquella atmósfera pesada y enfermiza, donde imperaba la tristeza y la necesidad que á todas horas les rodeaba, se habian inoculado con el aire melancólico que estaba impreso en los semblantes de los desgraciados séres que descansaban, uno en el lecho del dolor, y el otro velando á su cabecera.

Unos vestidos de indiana limpios, pero remendados en mil partes, envolvian los cuerpecitos de estas dos tiernas criaturas, cuyos angélicos rostros besaba con frecuencia el sér benévolo sobre cuyas rodillas y hombro estaban reclinadas.

Eran dos blancas perlas, dos preciosos brillantes junto á un encendido rubí, pero escondidos todos entre el sucio polvo y los andrajos de la miseria: dos resplandecientes estrellas al lado de la plateada y misteriosa luna, pero veladas por oscuros y negros nubarrones.

La hermosa mujer alzaba de vez en cuando la vista del libro y la dirigía con frecuencia hácia aquellos ángeles desgraciados, cuyos padecimientos le desgarraban el corazón, y dejaba escapar uno que otro ahogado suspiro, que revelaban hondos y prolongados sufrimientos, que en vano trataba de disimular.

—¿Por qué lloras, mamá?

Dijo la que se apoyaba en su hombro, viendo que se secaba con el delantal dos lágrimas que involuntariamente rodaron por sus párpados.

La que descansaba en sus rodillas levantó la cabeza al oír á su hermana, y fijó su vista en el rostro de la afligida mujer que contestó procurando sonreírse para tranquilizarlas.

—No lloro, hija mia; no lloro, Teresita:— y la estrechó contra su pecho:—es que me quitaba un estorbo que me habia caído en el ojo.

—Pero si todavía tienes la señal de las lágrimas.

Exclamó con inocencia infantil la otra niña.

—Puede ser: siempre lloran, Julita, los ojos, cuando cae alguna cosa en ellos.

Exclamó la tierna madre besando la angélica frente de la que estaba apoyada en sus rodillas.

—Dios quiera que esa sea la causa y no otra mas amarga, querida mamá.

—¿Pues cuál otra podríais pensar, hijas mías, que podría yo tener?

Contestó la infeliz madre acariciándolas.

—Una que nos alcanza tambien á nosotras, mamá.

Dijo poniéndose pálida como la muerte la bella Teresita, que se reclinaba en su hombro.

—¿Cuál?

—El hambre

—¡El hambre....!

Exclamó débilmente la desventurada mujer, dejando caer abatida su cabeza sobre el pecho.

—Sí, el hambre; porque desde ayer no

has comido por cedernos á nosotras tu parte, ni hoy te has desayunado por la misma razon. ¿Crees que no he puesto yo cuidado, madre mia....? ¡Ah....! pero nosotras hemos sido muy egoistas en admitirlo, sabiendo que te habia de hacer mal!....

—No, hijas mias; yo no tenia ganas de comer: ¡os quiero tanto....!

—Y toda tu ropa la has empeñado para que nada nos faltase, mientras que tú....

La desventurada madre las atrajo dulcemente contra sí para besarlas.

—Mientras que yo soy feliz viéndoos contentas.

—Pero si no comes, te morirás, madre mia; y nosotras queremos que vivas: ya nada tienes que empeñar; de todo te has deshecho durante la peligrosa enfermedad que siguió á la herida que recibió papá en San Angel, la noche en que de una casa dispararon algunos tiros.

—Sí, es cierto; pero por fortuna su vida no corre ya peligro.

—Pero la corrió, y muy eminente, la no-

che en que fué herido, pues hubiera muerto abandonado, en medio del campo, y sin ser visto de nadie, si Dios no hubiera hecho que corriera adonde estaba, á un hombre caritativo.

—Sí, es verdad;—dijo Elisa;—si vive es gracias al honrado y humano campesino que, hallándose por casualidad en San Angel, y hospedado cerca del sitio donde tuvo lugar la funesta escena, acudió al oír los tiros, le condujo á su habitacion, y al dia siguiente se dignó conducirle en un coche, y muy despacio hasta aquí, despidiéndose con las mayores pruebas de afecto.

—¿Y cómo dijo que se llamaba?

Preguntó Teresita.

—Pablo.

—Parecia muy bueno.

—Y lo es sin duda.

—¿Le conoces tú, mamá?

—Le conocia de nombre, porque habia escuchado ensalzar sus buenas cualidades, pues merced á éstas, de simple criado ha llegado á tener una propiedad en Texcoco,

y habia marchado felizmente para nosotros, ese dia á San Angel, con el objeto de comprar otra.

—¡Cuánto me alegro!

—Pero ¿cómo pudo, mamá—dijo Julita— hacer su fortuna?

—Habia servido con lealtad á un D. Miguel, á quien salvó de la muerte en el rio de Tampico en 1829; continuó prestándole servicios muy notables; y cuando aquel se enlazó con una prima suya, llamada María, regaló al leal Pablo, que como os he dicho, era un indio de nobles ideas, una considerable cantidad de dinero para que comprase la pequeña hacienda en que hoy vive con todas las comodidades, y unido á una honrada mujer llamada Juana, que era tambien criada de una familia que recompensó generosamente sus leales servicios.

—¡Qué satisfactorio debe de ser eso!

—Mucho, hijas mias.

—Yo quiero mucho á ese Pablo—exclamó Teresita—porque merced á él, vive papá.

—Y yo.

Contestó Julita.

—Ya veis, pues, que la vida de vuestro padre no corre peligro, y esto debe consolaros.

—Pues por lo mismo debes tu cuidar de la tuya, mamá.

—Sí, hijas mias, cuidaré de ella.

—¡Eres tan buena....! Queremos que te cuides: no queremos que te mueras; no, no queremos, porque nos moririamos tambien.

—¡Morir vosotras....!

—¡Y para qué quisiéramos vivir si tú nos faltases....? ¡qué seria de nosotras....!

—¡De vosotras....!—La afligida madre volvió la cabeza hácia el lecho en que dormia el enfermo, y exclamó con el amargo acento de una triste conviccion.—¡Es verdad....! Pero no tengais cuidado: Dios es muy bueno, y me conservará la vida para que os eduque en su santo temor.

—¡Ah, sí! ¿no es él—segun tu dices— quien nos envia el alimento que recibimos de la señorita Soledad....?

—Sí, hijas mias: esa jóven es el instrumento de que la Providencia se sirve para

no dejarnos perecer de necesidad: Dios graba en el corazón de algunas de sus criaturas el sentimiento de la caridad, y obran impulsadas por él, llevando el consuelo á los desgraciados como nosotros.

—¡Ah.....! bendigamos á Dios, madre mia.....!

Exclamaron las dos inocentes criaturas elevando sus ojos y sus manitas al cielo.

—¡Bien, hijas mías, bien! la oración de los niños llega siempre hasta el trono del Señor: bendecidle y rogadle por todos los que padecen en la tierra.

Y las niñas se pusieron de rodillas delante de una imagen que estaba en un humilde cuadro junto al lecho del enfermo.

Este hizo un movimiento que obligó á la hermosa mujer á volver los ojos hácia donde él estaba.

Parecía entregado á un agitado ensueño: tenía entreabiertos los labios: respiraba con alguna agitación, y su rostro estaba animado.

—Cinco albuces á la dobla:—pronunció

con voz apagada, como es siempre la del que sueña:—se está haciendo la chica.

Aquellas palabras helaron el corazón de la que escuchaba, que exclamó para sí abatida.

—¡Siempre el juego.....!

Y abundantes lágrimas corrieron por su pálido semblante.

—Voy todo.

Volvió á pronunciar el que soñaba.

Las inocentes niñas volvieron la cabeza al escuchar la sombría voz del enfermo: habían acabado de orar, y se acercaron á su adorada madre.

—¡Dirás que ahora no lloras, madre mia!....—Le dijo Teresita tomándole una mano y besándosela.—¡Tú padeces, y no nos quieres decir tu pesar!....

La cariñosa mujer trató de ocultar el verdadero motivo de aquellas lágrimas, y contestó abrazándolas con ternura.

—Pero no lloro de pesar, hijas mías: lloro porque me ha conmovido la lectura de esta comedia.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y cómo se llama?

—¡Treinta años, ó la vida de un jugador!

—¿Y es muy triste?

—¡Muy triste!.... lo mas triste que puede haber sobre la tierra.

Exclamó con amargo acento la desventurada madre.

—Pues no leas cosas que te hagan llorar, ¿no ves que nos harás llorar tambien...?

—Teneis razon:—dijo dejando el libro— bastantes motivos os cercan de tristeza sin que busquemos los medios de aumentarla.

En aquel momento hizo un movimiento el enfermo y despertó.

—Hace rato que no veo bien, mamá, y que se me cierran los ojos como si no hubiese dormido.

Advirtió la inocente Julita reclinando su hermosa cabeza en el pecho de su amorosa madre.

Esta conocia demasiado el origen de aquella languidez, y se le desgarró el corazon.

—Pero, no te asustes;—añadió la misma criatura:—no debe ser mas que debilidad.

—Pues á mí me sucede lo contrario:—repuso la otra jóven.—Anoche despertaba á cada instante: ¡tenia tanta hambre....! como no cenamos mas que un poeo de pan....!

—¡Hambre!.... ¡hambre!....—exclamó con voz lúgubre el enfermo.—Si yo pudiese moverme de esta miserable cama en que estoy postrado hace tanto tiempo, pronto cesarian todas las miserias....!

—Pero tú, mamá, tienes mas necesidad que nosotras, y sin embargo, no te quejas: no has comido nada, y tus ojos no se cierran como los míos.

—Porque á mí, hijas mías, me alimenta el cariño que os tengo; y el pan que reparto con vosotras es el maná que fortalece mi alma.

—Pero no permitiremos ya que vuelvas otra vez á quedarte sin nada: ¿quién, si te enfermas por privarte de la comida, nos consolará y acompañará en el mundo?

—Dios y vuestro querido padre.

—¡Nuestro padre!....

Respondieron las niñas dirijiendo una tímida mirada hácia el miserable lecho.

—Sí; vuestro padre.

—Esas criaturas no quieren á su padre.

Pronunció con amargura el enfermo.

—¡Ah!.... sí, sí, queremos á vd., queremos á vd., padre mio.

Dijeron las dos corriendo á un mismo tiempo á donde él estaba.

—Sí, Diego, te quieren, ya lo ves; sino que como solo te han solido ver un solo instante, y de noche....

—Pronto no me separaré de ellas ni de tí, Elisa.

—¡Qué dichosa seré entonces!

—Y nosotras, papá.

Exclamaron Julia y Teresita, estrechando la mano que el enfermo les tendia con movido.

—¡Pobres hijas mias!

—Nosotras, no, papá; porque ya nos hemos desayunado: mamá es la que no ha comido desde ayer: ¿no la vé vd. qué pálida está?....

—¡Sí, sí; ¡ah!.... si yo pudiera levantar

me, todos nuestros males acabarían: yo os traeria mucho pan, mucho, mucho, para que saciárais esa hambre que os debilita y mata.

—No te agites, Diego, mira que esas emociones te hacen mal.

—No, Elisa: me siento aliviado con solo hablar de mis proyectos. He meditado bien todos estos dias en que me he visto prostrado en esta cama, y tengo un plan que no puede faltar: mi combinacion es infalible.

—¡El juego!.... ¡otra vez el pensamiento del juego! ...

Dijo Elisa dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Las dos niñas se acercaron á ella para consolarla.

—Una sola vez. ¿No te digo que mi combinacion es infalible? ¡Ah!.... si en vez de haberme empeñado la otra noche en jugar á la grande, hubiese puesto á la chica, á esta hora tendríamos una fortuna colosal.

—Yo no aspiro á mas fortuna que á una vida tranquila; á una vida consagrada á tu

cuidado y á la educacion de estos dos ángeles.

—¡Gracias, madre mia!....—dijeron las dos niñas besándole la mano:—¡qué buena eres....!

—¡Una vida oscura!—exclamó el enfermo.—No, Elisa: yo no quiero vegetar aquí como las plantas: yo anhelo volver á Buenos-Aires, mi patria: visitar otra vez Sevilla, donde te conocí cuando viajé por Europa: sí, quiero recorrer de nuevo la hermosa Andalucía, y dormir el sueño de la muerte donde reposan los huesos de mis padres. ¿No anhelas tú lo mismo?

—Yo no tengo mas placeres ni mas patria, ni otro mundo que mis hijos.—Dijo Elisa abrazando á las preciosas niñas.—Amo á España porque nací en ella, quiero Buenos-Aires porque es la patria de mi esposo; pero idolatro á México porque en él nacieron los dos seres que embalsaman los dias de mi existencia.

Las dos niñas la llenaron de caricias y de lágrimas, arrancadas por el cariño.

—Un momento de buena suerte, y hago

mi fortuna:—repitió Diego:—he meditado mucho, y el plan es infalible.

—¡Ay Diego! la economía y la honradez son la base de una fortuna sólida.

—¡Economía....! No; yo necesito labrar mi felicidad de un golpe; en un solo dia; en una hora: mi alma sufre, y es preciso aliviarla dándole oro.

—La medicina del alma es el trabajo, Diego: trabaja como en otro tiempo trabajaste, y seremos tan dichosos como lo fuimos entonces. ~~~

—¿Te complaces en contrariarme?—exclamó con enojo el enfermo, viéndose contrariado.—He dicho que quiero ir por la última vez y....

Las niñas se arrimaron á su desdichada madre, aterradas con el acento duro de Diego y con el terrible ceño que se marcó en su macilento rostro.

—Bien, Diego, vete:—contestó Elisa con resignacion cristiana.—No me opongo á tu voluntad: era una observacion, un consejo amistoso que creí lo apreciases.

—Pues creiste muy mal: no quiero ni ne-

cesito consejos, ya lo sabes:--repuso exaltándose por grados Diego.--No estoy en la edad de recibir consejos, sino de obrar como mas conveniente crea.

--Bien, no te incomodes por eso; me arrepiento de lo dicho.

--Siempre te arrepientes despues de matarme.

Contestó con bronco acento el enfermo.

La pobre Elisa no pudo contener las lágrimas al verse tan injustamente reprendida.

Las dos niñas, conmovidas al ver su llanto, empezaron á llorar.

La amorosa madre las estrechó contra su corazon.

Diego murmuró algunas palabras de disgusto: se volvió del otro lado, fatigado con la discusion que acababa de tener, y abrazando en su imaginacion el plan que le habia halagado pocos momentos antes, volvió á quedar dormido y entregado á uno de esos ensueños que asaltan al hombre preocupado con una idea.

--Estoy seguro del éxito:--exclamó otra vez soñando.--Diez albuces á la dobla.

Elisa exhaló un profundo suspiro al escucharle.

--¡No hay remedio!--exclamó inundados de lágrimas los ojos.--Ese vicio le acompañará hasta el sepulcro, y será nuestra desgracia.

--No llores, mamá:--le dijo Julia conmovida.--No llores, porque nos pones tristes y nos haces llorar tambien.

--¿Quieres vernos padecer? --añadió Teresita.

--¡Veros padecer....! ¡Ah!.... no; nunca. Pronto acabarán mis lágrimas y vuestra hambre.

--¿De veras?

--Sí, queridas.

--¿Cómo?

--He hablado para que os admitan en el colegio de las Vizcainas.

--¡Separarnos de tí!....

Exclamaron pálidas y tristes las dos criaturas.

--Allí tendreis todo lo necesario: la comida de que aquí careceis.

--¡Nos quieres separarnos de tu lado!....